

## 5. RESEÑAS

---

### *La llamada. Historia de un rumor de la posguerra de Malvinas* **Federico Lorenz. 2017, San Miguel de Tucumán: EDUNT** **311 Págs.**

Digamos, para comenzar, que este nuevo libro de Federico Lorenz interroga las condiciones de posibilidad de circulación de un rumor entre la Argentina de fin de la dictadura y comienzos de la posdictadura. Un rumor que usa a modo de espejo para volver sobre un estado de la cultura: ¿qué hace, además de contar el cuento, una sociedad (o parte de ella o diferentes sectores de ella) mientras lo cuenta, lo repite, lo reinventa?; ¿qué expresa ese cuento que se cuenta (más allá de lo que dice y/o en lo que dice)? ¿Qué deja entrever sobre el desamparo y la invisibilización y la dificultad para con-movernos frente al dolor de los demás el relato del joven que vuelve de la guerra y que, ante el rechazo de su familia, se suicida? ¿Por qué ese rumor circula en una Argentina de los ochenta, aturdida en parte (siempre en parte), por consignas del tipo “¡adiós a la pálida!”, “tirar buena onda”? (110-111). “¿La sociedad argentina estaba preparada para recibir a sus soldados? ¿La dificultad para procesar la experiencia bélica se debía sólo a Malvinas?” (260).

La inteligente estructura argumentativa que Lorenz construye ensambla geografías y tiempos disímiles para darle espesor al viejo problema del abismo entre las palabras y las cosas: entre la palabra “cuerpo” y los cuerpos, entre la palabra “guerra” y las guerras, entre la palabra “dolor” y el dolor, entre la palabra “pérdida” y las pérdidas. Roza este abismo inexorable ayudándose, no casualmente, con imágenes: los cuadros de Otto Dix, las fotos de los *gueules cassés*, la contratapa escaneada de la colección “Por la Paz” editada por la editorial Claridad, los fotogramas de películas del cine industrial de consumo expandido, una foto tomada del diario *Clarín* de abril de 1983 mostrando a un militar condecorando a un “excombatiente de las Malvinas” que ha perdido su brazo, una foto de un recital de rock de 1983 en el que la figura de un excombatiente se destaca, más que por su

gorra, por la silla de ruedas. Imágenes que se potencian con la lectura de Lorenz que sitúa el rumor de “la llamada” en la trama compleja formada por relatos similares relacionados con otras guerras. Relatos que circularon gracias al cine y también gracias a la literatura. En este punto de la arquitectura de su texto la tensión se extrema, ya que los datos sobre la Argentina de los últimos tramos de la dictadura y los primeros de la posdictadura se entrelazan con los efectos que los consumos culturales tomados de otros contextos tienen en la expresión de síntomas expandidos en buena parte del tejido social. Frente al Estado represor que imponía silencio y tergiversaba información respecto de lo sucedido en Malvinas en 1982, frente a los que miraban sin poder ver, frente a los que miraban sin querer ver, frente a la incompreensión y al deseo de olvido, frente al gesto voluntarista de “cerrar el pasado”, el cuento de “la llamada” se actualiza en cruce con cuentos similares.

Merece una atención especial el sutil enlace y el conjunto de preguntas que Lorenz despliega a partir de un capítulo de una serie de Alfred Hitchcock, “El regreso del héroe”. Escribe: “La situación es casi la misma. Hay un mutilado que pide por un amigo, hay una madre que atiende y explica que el invitado será un problema, hay dos mundos paralelos: el que la experiencia de guerra ha construido, y que encarna en sus sobrevivientes, y el de la sociedad que vivió como si esta no hubiera sucedido” (223). Y agrega: “El extrañamiento del soldado se ve reforzado por la forma en la que su familia aparece caracterizada en el relato: son ricos, están de fiesta en fiesta mientras él ha vuelto de la guerra. Sus trajes y vestidos de raso contrastan con los uniformes de Marcel y André. Sybile, su prometida, no le ha escrito en tres meses, pero le reprocha la falta de noticias” (223). La compleja trama social que Lorenz “intenta describir” (226) se densifica por la acumulación de otros cuentos sobre la guerra, la derrota y lo que vino después: crónicas, algunas célebres como la del entonces reciente Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, se enlazan con testimonios sobre las precarias condiciones vividas por los soldados y luego, con la historia, tal vez emblemática, de un regreso. Se trata de Norberto Santos, un sobreviviente que Lorenz logra traer desde su risa. Esa que queda grabada en su recuerdo durante un viaje compartido a Malvinas, en 2007:

Como consecuencia de ese viaje, me pregunté en un libro si era posible volver a un lugar en el que nunca se había estado (Lorenz, 2008). Ahora sé que

sí. Viajar a Malvinas era una excelente oportunidad para preguntárselo. Es un lugar propio por su presencia en nuestras memorias, por las marcas de la guerra, pero cuya soberanía, en términos políticos no ejercemos. Así, mi pregunta era un cuestionamiento a las ideas acerca de las identidades y a las pertenencias (la soberanía, la patria) atadas únicamente a una perspectiva territorial, y a los criterios que se consideran legítimos para calificarlas y estudiarlas (246).

Como en un bucle extraño, el texto vuelve sobre sí para abrir una re-flexión sobre su configuración, sobre su estatuto y, en principio, sobre el hacer profesional del que da cuenta. No obstante hay algo más:

Pero la pregunta, sobre todo, era un desafío a las nociones de tiempo y memoria, y un interrogante acerca del lugar del historiador dentro de los procesos que investiga. La historia del joven suicida que llamó sin suerte a su madre, que hemos recorrido hasta donde pudimos, nos llevó desde la derrota en Malvinas hasta las agonías y supervivencias de millares de argentinos que se desarrollaron en un clima de estupor y dolor. Este libro, en consecuencia, tiene por tema los fantasmas que convoca la escritura de la historia, de los muertos, pero asimismo es una evidencia de la vitalidad de los procesos que estudiamos. El pasado está tan vivo que a veces la escritura de su historia atrapa recuerdos y experiencias de nuestra propia vida en su fluir (246).

En este punto el libro conduce, como en un dibujo de Escher, a sus epígrafes. Y en especial a uno tomado de *La velocidad de la luz* de Javier Cercas. De ese pasaje resuena una explicación de por qué se cuentan las historias que se cuentan: “porque no la entendía. Porque me sentía responsable de ella” (9). Y sigue: “A lo mejor, uno no es sólo responsable de lo que hace, sino también de lo que ve o lee o escucha” (9). Tal vez toda nuestra escritura y nuestro trabajo como profesores y como investigadores del sistema público argentino puedan explicarse desde esta vía: hay una responsabilidad por lo visto y lo leído y lo escuchado pero también por los silencios y por lo silenciado. Hay una transformación (responsable) de una “obsesión” (sintomática) en productividad (“obsesión” es una palabra que atraviesa el texto mientras recuerda, otra vez, la barrera infranqueable entre las palabras y las

cosas). Hay una fantasía de visibilizar agencia donde sólo se vio pasividad. Hay también un deseo de im-posible justicia. De reparación. De volver visibles los cuerpos que (no) importan. Los cuerpos-desechos. Los restos. Hay un deseo de memoria. Hay una lucha contra la resistencia a la captura que impone lo real. Esta vez, por vía de la historia y con firma de Lorenz.

Analía Gerbaudo

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral - Consejo Nacional  
de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad Nacional del Litoral  
(Argentina)